



FRAY LUCIANO NAVARRETE.

Fué este fraile mercedario uno de los personajes más notables de la revolución en la provincia de Michoacán, de la que casi nunca salió durante la guerra de Independencia.

Nació en el pueblo de Tzacapu, perteneciente al Obispado de Valladolid, y pocas noticias se han publicado acerca de sus primeros años y de sus estudios hasta recibir las órdenes sagradas é ingresar en la religión de Nuestra Señora de la Merced; sin embargo, es probable que con motivo de las publicaciones que se están haciendo á causa de la celebración del Centenario de la Independencia se tengan algunas nuevas noticias inéditas de este guerrillero.

Se lanzó á la revolución desde los primeros días de ella, al grado que de él se dice que en Octubre de 1810 tuvo la comisión de llevar al cerro de las Bateas, donde fueron sacrificados, los españoles que formaban la segunda remesa despachada por Hidalgo en Valladolid. Salido el Generalísimo de esa ciudad, Navarrete se dirigió á su tierra natal, donde, debido á sus relaciones, organizó una guerrilla que desde los primeros días empezó á dar qué hacer á los ejércitos realistas; con esa guerrilla entró á Pátzcuaro y Zamora y revolucionó todo el Occidente de Michoacán, escoltó á Hidalgo cuando de Valladolid se dirigió á Zamora en camino para Guadalajara, y estuvo en acecho de los movimientos de Cruz, así como también concurrió á la batalla de

Urepetiro; desbaratada pero no aniquilada se volvió á reunir casi inmediatamente. No concurrió á la batalla del Puente de Caderón por causa de la dispersión que había sufrido, sino que quedó en Michoacán, donde pocos meses después reunía un buen número de soldados, y unido á Muñiz, Torres, Huidobro, etc., y bajo las órdenes de Licéaga y de Rayón, amenazaba á Valladolid (Mayo de 1811), que con dificultad resistió los diversos ataques de que fué objeto durante Junio y Julio de ese año; en el último de ellos ya los insurgentes eran casi dueños de la población, pero la rivalidad entre Muñiz y Anaya, de que ya se ha hablado, frustró la ocupación. En el mes de Septiembre, el realista Castillo Bustamante, unido con Don Antonio Linares, decidió hacer una expedición para acabar con las fuerzas de los Mariscales Muñiz, Torres y Navarrete, y aunque consiguieron derrotar á los tres, la resistencia que los dos últimos le opusieron en Zacapu los hizo retroceder á Pátzcuaro.

Libre de enemigos por algunos meses, se ocupó de fortificar á Zacapu, lugar que por su naturaleza era defendible, y al que hizo centro de sus operaciones, sobre todo, cuando de atacar á Valladolid se trataba, como sucedió en Enero de 1812, en que Albino García intentó apoderarse de la ciudad; éste fué derrotado por Linares, que se adelantó al movimiento combinado de los insurgentes, pero el padre Navarrete, avisado á tiempo, retrocedió á Jaujilla, hasta donde fué á atacarlo Linares, pero á su vez fué rechazado, perdiendo más de cuarenta hombres, pues los heridos que no murieron fueron asesinados por los indios de Jaujilla. En el resto del año de 1812, ocupados los realistas en la persecución de Morelos, desatendieron á Michoacán, que quedó en poder de los insurgentes, cuyos jefes se reunieron en gran cantidad á la voz del Dr. Verduzco para atacar aquella ciudad; el padre Navarrete no podía faltar, pero mal dirigida la expedición por la ineptitud de Verduzco, fué derrotada, á pesar de los cuantiosos elementos que se habían reunido para ella. Navarrete no sufrió pérdida de nin-

guna clase, por haberse quedado al otro lado del Río Grande. (Enero de 1813).

Vuelto á Zacapu, el Coronel Montaña trató de perseguirlo, y en el camino se encontró á los Vocales Rayón y Verduzco, que estaban arreglando sus diferencias y tuvieron que huir por distintos caminos; esta circunstancia, ocurrida en Febrero de 1813, hizo que Navarrete fuese dejado en paz y que en el resto del año asumiese la ofensiva contra las partidas realistas que se aventuraban por esa parte de Michoacán. Al último ataque que se dió á Valladolid, y que fué ordenado por Morelos, concurrió también el padre Navarrete, quien estuvo situado en la garita del Zapote, y según su biógrafo, Don Mariano de Jesús Torres, tuvo la culpa de la confusión que hubo en el campo insurgente. "Cuando estaban en lo reñido del combate,—dice—las tropas insurgentes con las realistas que habían salido de la ciudad á atacarlas, siendo llegada la noche, y cuando ya las sombras cubrían el campo, sin que pudieran distinguirse los combatientes unos á otros, asomó Navarrete por el costado izquierdo hacia el campo de Matamoros; ni uno ni otro tenían la debida noticia y rompieron el fuego creyéndose enemigos; algunos dragones ebrios subieron por el costado derecho, se hizo general la confusión y no permitiendo la obscuridad distinguirse, se mataron los independientes entre sí con un furor rabioso, cual no se había visto en batalla alguna."

Si antes de la derrota con trabajos había obedecido Navarrete á la Junta de Zitácuaro y al Congreso, después de ella casi jamás se volvió á acordar de él, no obstante que lo benefició dándole el mando de la gente que había sido de Muñiz; no por haber aumentado su fuerza pudo emprender campañas más formales, y la única digna de mención es la que emprendió en unión de Sáenz y de Torres contra el pueblo de la Piedad en los días 24 y 25 de Octubre, en la que redujeron á la última extremidad á los realistas; Iturbide se encargó de quitarles los bríos y los persiguió tan tenazmente, que consiguió desbaratar á éste y obligarlo á huir lejos de Zacapu. El Con-

greso quiso utilizar entonces sus servicios llamándolo cerca de sí, pero lo desconoció, influenciado por Cos, y entonces aquel Cuerpo hizo que Navarrete fuese aprehendido y conducido á los calabozos subterráneos del Atijo, (Enero de 1815) donde estuvo preso durante varios meses. A poco tiempo Cos le fué á hacer compañía, pues allí sólo estaban encarcelados sacerdotes.

Era aquel punto, una montaña aislada, situada en una llanura de Michoacán, que por su elevación goza de buen clima, aunque rodeada de países calientes, ofreciendo mucha oportunidad para la defensa. Por esta circunstancia y por lo muy distante que estaba en todas direcciones de las partidas realistas que pudieran perseguirlo, resolvió Morelos fortificar aquel punto y establecer la maestranza para hacerse de artillería y armas, reuniendo y organizando los dispersos que se le presentaran, y aprovechando unos socabones antiguos que había en la montaña, quizá restos de trabajos de mina ya olvidados, hizo de ellos bartolinas para los eclesiásticos que quería castigar. En sendos calabozos fueron encerrados el padre Navarrete y el Dr. Don José María Cos, donde pasaron mil sufrimientos é incomodidades, pues una vez que se metía allí á los presos, tapaban la boca de los socabones con pared de mampostería, dejando un agujero por el cual les introducían la comida, que era siempre muy escasa, y de cuando en cuando solían abrir la puerta de la entrada para que se ventilase algo el socabón, volviendo á cerrarlo: de manera que los individuos encerrados allí, se hallaban privados de toda comunicación, por ser aquel un lugar desierto.

La fuerte división intestina producida entre los insurgentes con motivo de la prisión en la hacienda de Santa Efigenia de los individuos que componían la Junta subalterna que había quedado en Taretan, cuando el Congreso emprendió su marcha para Tehuacán, y la disolución de esa Junta, que dió margen á la de Jaujilla, así como el establecimiento de ésta, ocasionaron que el General Rayón quisiera entonces hacer valer sus derechos como Presidente de

la antigua Junta de Zitácuaro; entraron en confusión los insurgentes, que llegaron á las manos, y entonces se presentó una oportunidad tanto al Dr. Cos como al padre Navarrete para salir de los calabozos de Atijo, pues el Alcalde que los vigilaba huyó con ellos.

La muerte de los principales caudillos de la revolución; el indulto á que varios jefes insurgentes se acogieron; el cansancio de los pueblos con la exacciones y destrozos de cerca de diez años de una guerra constante y devastadora, todo esto hizo que la revolución hubiera ido decayendo, al grado que en 1820 ya aparecía casi extinguido el fuego de la revolución. En Michoacán se encontraba dividida en varias secciones las tropas independientes que operaban en su territorio; pero la tenaz persecución que les hacían las tropas realistas las pusieron en tal situación, que no les quedó otro remedio más que el indulto. Presentáronse á pedirlo Don Mariano Tercero, Vocal que había sido de la Junta; Don Juan Pablo Anaya, Mariscal de campo; el padre Carvajal y el padre Navarrete, así como gran número de brigadieres y generales cuyo indulto les fué concedido por el Gobierno.

Desde entonces no vuelve la historia á mencionar al padre Navarrete, que siguió viviendo pacíficamente en Valladolid y á quien alcanzó la vida para ver realizada la Independencia de México. Después de la agitada vida que llevó durante ocho años, y de tantos episodios como tuvo en su existencia, murió en la obscuridad, y ni aun la fecha de su muerte puede fijarse.



PBRO. DON JOSE GUADALUPE SALTO.

Corta pero terrible es la historia de este sacerdote insurgente que con tanto entusiasmo abrazó la causa de la revolución.

Era originario de Michoacán, y una vez que se hubo ordenado, se dedicó á su ministerio en la Vicaría de Teremendo, donde se hizo notable por su vida ejemplar y sus virtudes, que le dieron fama en la comarca y aun en Valladolid. Sin embargo, fué uno de los más decididos partidarios que tuvo la revolución, y apenas empezada ésta se lanzó al campo con una partida que expedicionó por la provincia, y con la que concurrió al asalto de la capital de ella en 2 de Junio de 1811; hecho prisionero, Trujillo, por una circunstancia verdaderamente rara, no lo fusiló, sino que lo retuvo preso algún tiempo y aun lo indultó y dejó libre menos de dos meses después, en celebridad de haberse retirado los insurgentes de aquella ciudad el 22 de Julio, cuando ya casi la tenían tomada.

Vuelto el padre Salto á su Curato de Teremendo, siguió siendo insurgente, ostentando ya el nombramiento de Coronel, que le dió el Mariscal Navarrete en 10. de Abril de 1812, haciendo varias correrías por los pueblos vecinos, ya sólo, ya en compañía del mismo Navarrete. En una de las correrías de Linares trató de atacar el fuerte de Jaujilla, situado en la laguna de Zacapu, y fué rechazado, teniendo más de cuarenta heridos, los que fueron llevados á un pueblo de las inmediaciones; refiere Ala-

mán que por las predicaciones del padre Salto los indios de la comarca se alborotaron y asesinaron en masa á los heridos, y que por esta causa se emprendió una tan activa persecución contra él, que se vio obligado á dejar su Curato y á ocultarse en una abra ó voladero de la alberca de Teremendo, cuya entrada estaba formada por dos planchas de vigas. Allí era alimentado por los indios, que cautelosamente iban á llevarle provisiones y á darle aviso de los movimientos de los realistas.

Pesquera, Capitán de lanceros, que tenía la comisión de capturar al sacerdote, escogió por guía á un correo que Negrete enviaba á Trujillo desde la Piedad y que cogido por la partida de Salto había logrado escapar de ella; guiado por aquel hombre, que conocía bien el paraje, Pesquera rodeó con su tropa el cráter de un extinguido volcán donde está la alberca, y subiendo por una senda pendiente y escabrosa vió á tres hombres inmediatos á una especie de capilla que empezaban á fabricar; pusieron en fuga al acercarse los realistas y uno de ellos se metió por el abra, á donde fué seguido. Al entrar los soldados, alzó la voz diciendo: "No me maten, que soy ministro de Jesucristo," y al mismo tiempo dió una lanzada al soldado Manuel de la Cruz, que estaba más inmediato, dejándolo mal herido. Pesquera dió orden de que no se ofendiese al sacerdote y al mismo tiempo le intimó para que se rindiese, pero Salto contestó que "no saldría de aquella cueva, á menos que no fuese su Prelado," y preguntando quién era quien lo buscaba, le contestaron que las tropas del Rey, á lo que replicó: ¿que de qué Rey se trataba, pues las tropas allí presentes eran de Napoleón?

Al mismo tiempo empezó á defenderse, haciendo rodar piedras desde la boca de la cueva, lo que decidió á Pesquera á mandar hacer fuego; los soldados, que habían permanecido fuera de la caverna, apenas podían disparar sus armas, pues para hacerlo tenían que asirse de los arbustos suspendidos sobre un voladero de cincuenta varas de profundidad, en el que se habrían precipitado al menor descuido ó si se hubiera

desgajado alguna de las ramas de que se sostenían. Procuraron, sin embargo, hacer puntería sobre un tejadillo que cubría la entrada de la cueva, y á poco vieron que en el interior de ella había un hombre por tierra, con lo que suspendieron el fuego y penetraron á la caverna, donde encontraron al padre Salto atravesado de un balazo y dos mujeres que estaban allí presas para mandarlas á Navarrete; los otros dos hombres habían desaparecido.

Las mujeres fueron puestas en libertad y Pesquera hizo que el padre Salto fuese conducido en un tapextle á Valladolid, cargándolo otros de los prisioneros que había hecho. Trujillo dió orden de que el prisionero fuese fusilado al día siguiente á las diez de la mañana, y dió aviso al Obispo electo Abad y Queipo de su resolución, por si había algunas formalidades que llenar, pero al mismo tiempo le hizo advertir que por ningún motivo suspendería la ejecución, que debería verificarse á la hora señalada, por temor de que el padre Salto muriese de la grave herida que había recibido. El Obispo declaró que dada la enormidad de los crímenes del reo y su obstinación en ellos, no obstante habersele concedido por segunda vez el indulto por intervención del mismo Prelado, era innecesaria la degradación, habiendo perdido el fuero y el principio de canon. Fué, pues, sacado al patíbulo en camilla, y un eclesiástico español que iba á su lado, hacía creer al concurso que se había reunido, que daba pruebas de su arrepentimiento; pero en aquellos instantes ya el padre Salto no existía, y al llegar al cadalso, los soldados encargados de la ejecución dispararon sobre un cadáver. Permaneció expuesto durante todo el día.

Por los informes de que dispuso el señor Bustamante, y que son distintos de los narrados aquí, aparece que el Presbítero Don José Guadalupe Salto fué un santo mártir de la causa insurgente; sea como fuere, revela mucha ferocidad en Trujillo ese detalle de hacer fusilar un cadáver.



LIC. ANTONIO FERRER.

No empuñó las armas, como la mayoría de las personas que figuran en esta colección; pero en el retiro de su gabinete tramó una conspiración que de no haber abortado habría dado un golpe fatal al Gobierno español, el cual quedaba acéfalo con la ausencia del Virrey.

Desde Abril de 1811, los conspiradores de la capital, que siempre habían estado en combinación con los insurgentes, habían tramado una conspiración que apoderándose de la persona de Venegas, trastornase el Gobierno y acaso librase de la muerte a Hidalgo, Allende y demás presos hechos en Monclova y que iban en camino de Chihuahua, pero descubierta á tiempo, sus autores fueron presos. Meses después se tramó otra, que es de la que vamos ahora á tratar, por haber sido la más seria y por haber causado la muerte de varios de los comprometidos.

El Lic. Don Antonio Ferrer, joven abogado decidido por la causa nacional, púsose de acuerdo con otras personas también de opiniones independientes que tenían sus reuniones en una casa del callejón de la Polilla, perteneciente á un tal Antonio Rodríguez Dongo; todos ellos juraron guardar el más completo secreto, y aun se comprometieron á dar muerte al que delatase el proyecto; cada uno manifestó los medios con que contaba para sublevar algún barrio de la ciudad ó para levantar gente; un cabo del Batallón de Comercio, llamado Is-

nacio Cataño, se comprometió por su parte á hacer entrar en el complot á varios individuos de su Cuerpo, y cumplió su ofrecimiento; Rafael Mendoza, álias "Brazo fuerte," enviado por Rayón para arreglar el plagio del Virrey, prometió la cooperación de una partida que Alamán cree que era de salteadores, pero que en realidad era de insurgentes, mandada por un Mariano Hernández que debía apoderarse de la cárcel de la Acordada, poner libres á los presos y marchar con ellos sobre Palacio; Don-go dijo que él podía sublevar el barrio de Belén.

El plan era muy sencillo y estaba basado en la costumbre que tenía Venegas de ir todas las tardes al paseo de la Viga, á dar algunas vueltas en carruaje; entre cuatro y cinco de la tarde del día 3 de Agosto se apoderarían los conjurados de la persona del Virrey, haciendo huir ó acuchillando á la pequeña escolta que lo acompañaba siempre, para lo cual la partida de Hernández, unida á los contrabandistas de aguardiente, debería estar situada en punto conveniente. Dispersados ó muertos los soldados de la escolta, Venegas debería ser llevado rápidamente á Zitácuaro para ponerlo en poder de Rayón, á fin de que éste le hiciese firmar las órdenes convenientes para disponer del Reino á su arbitrio. Además, apenas hubiese quedado preso el Virrey, desde la torre del convento de la Merced se haría una señal con un toque de esquía y algunos cohetes, para que los conjurados distribuidos por los barrios sublevaran éstos, con el estímulo del saqueo, que se permitiría, reservándose el numerario para el ejército insurgente y apoderándose de los ministros de la Audiencia, autoridades principales y personas distinguidas, así como haciéndose dueños del Palacio, edificios públicos, y procurando atraerse á la tropa. La primera parte del plan era sencillísimo y muy factible y con sólo ella sufría un rudo golpe la administración colonial, tan centralizada entonces; la segunda ya ofrecía más dificultades, y acaso hubiera fracasado, por la extensión del programa y por la natural resistencia que había de oponer

la guarnición de la ciudad. El Lic. Ferrer era el alma de la conspiración.

Fracasó por haber sido denunciada: Don Lucas Alamán dice que el denunciante fue uno de los comprometidos, Cristóbal Morante, que la víspera del día en que debía estallar dió aviso al Virrey, que inmediatamente empezó á dictar providencias para hacerla fracasar; Don Carlos Bustamante atribuye la denuncia á una mujer, con la que Venegas tenía tratos. De todos modos, hubo denuncia, que fué robustecida con la hecha por el oficial de la Secretaría del Virreynato, Don Manuel Terán, que declaró el día 3 que había sido invitado por Ferrer á concurrir esa tarde al paseo de la Viga armado y á caballo. El Virrey mandó acuartelar las tropas y aprehender á los que creyó culpables; entraron á la cárcel el abogado Ferrer, los cabos del Regimiento de Comercio Ignacio Cataño y José Mariano Ayala; Antonio Rodríguez Dongo, dueño de la casa donde se celebraban las juntas; Félix Pineda y José María González, concurrentes á ellas, y los padres Castro, Negreicos y Resendí, lográndose escapar Rodríguez y algunos otros; para cubrir las apariencias también fué encarcelado Morante, que recibió el premio de dos mil pesos que ofreció el consulado.

Instruida la causa casi nada pudo probarse á Ferrer, por lo que el Fiscal Osés sólo pidió para él seis años de presidio, pero en cuanto se supo esto entre los españoles y los jóvenes del comercio, todos españoles también, mostraron mucho descontento y ocurrieron al Virrey para hacerle presente, pues tenían un gran deseo de que recayese un castigo ejemplar sobre algún abogado, por los muchos que de esa profesión había comprometidos en la guerra y otros en mayor número que ocultamente la favorecían y fomentaban; á todo trance querían, pues, como dice Bustamante, ahorcar, y ahorcar á un abogado, y aun se llegó á decir que el Virrey aseguró al comercio que si la sala del crimen no imponía la pena de muerte á Ferrer, él sí lo haría. Bataller (español), Yáñez y Torres Torija, (mexicanos), formaban esa sala; el

primero optaba por el destierro y los dos restantes por la pena de muerte, por lo que aquél se abstuvo de votar, y cuando se ofreció hablar del asunto, dijo: "Ferrer va al palo y son sus paisanos los que lo despachan." A la misma pena fueron condenados Cataño, Ayala, Dongo, Pineda y González; á presidio otros varios y á menores penas uno que otro.

Al hacerse saber á Ferrer la sentencia, fué tan intensa la emoción que sintió, que cayó en tierra, rompiendo con su cabeza la foja de la sentencia. Por temor de un levantamiento popular se adoptaron infinitas precauciones para conservar el orden, y ante el temor de aparecer como afectas á los insurgentes y ser castigadas severamente, muchísimas personas se abstuvieron de interceder en favor de Ferrer y de los demás condenados. Toda la guarnición de la ciudad se puso sobre las armas y con la fuerza que fué al patíbulo caminó una pieza de artillería; en la mañana del 29 de Agosto se ejecutó la sentencia en la plazuela de Mixcalco, y para dar garrote á Ferrer, que era noble, se levantó un tablado vestido de negro y fué conducido al cadalso en una mula con gualdrapa negra; Cataño, cuyos parientes probaron que también era noble, fué ejecutado con la misma distinción que Ferrer, y á los otros cuatro se les ahorcó. El proceso de los religiosos ofreció más trámites y al fin terminó con el destierro de ellos á la Habana; pero el padre Castro murió de vómito en Ulúa.

Con el abogado Ferrer, víctima de una gran injusticia, la posteridad ha cometido otra, pues jamás se ha vuelto á acordar de él, jamás se le nombra, y sólo los que han estudiado la historia de la guerra de Independencia hasta en sus permenores, son los que tienen noticias de él.



DON VICENTE BERISTAIN.

En los primeros meses del año de 1812, la revolución de Independencia estaba en todo su auge, no bostante los grandes golpes que había recibido; es cierto que habían desaparecido los grandes ejércitos levantados por Hidalgo y Allende, que estos caudillos habían sido fusilados y que aun Rayón había tenido que huir de Zitácuaro, pero en cambio el país entero estaba sublevado y en muchos puntos los realistas eran dueños únicamente de la capital de la provincia y del terreno que pisaban: Michoacán era un volcán; Guanajuato, el Sur de Jalisco, Nayarit, las sierras de Zacatecas, Gorda, de Querétaro, y la Huasteca, estaban llenas de partidas insurgentes, así como la Sierra de Puebla, las Mixtecas, los llanos de Apam y las inmediaciones de México; el Sur estaba en poder de Morelos y la fama de Calleja no existía después del famoso sitio de Cuantla. El Gobierno español no tenía ni tropas para atender á todas partes ni recursos par levantar más tropas; sus convoyes caían en poder de los insurgentes y ni siquiera podía tener expeditas las comunicaciones con el exterior, por estar lleno de independientes el camino de Veracruz.

En estas circunstancias si los que combatían al Gobierno español hubiesen estado de acuerdo entre sí, pronto hubieran dado al traste con ese Gobierno y realizado la Independencia; pero por desgracia estaban sumamente divididos, aunque esas divi-

nes poco trascendían fuera del campo insurgente y eran negadas por los optimistas, que veían muy próximo el día de la Independencia. De aquí que muchos simpatizadores de las ciudades salieran de ellas par unirse á los insurgentes en esa época; á reserva de hablar de muchos de ellos en el lugar que les corresponde, nos ocuparemos de Don Vicente Beristain.

Era este señor, oriundo de Puebla, de una familia bastante distinguida y hermano del célebre Deán de la Catedral de México, Don Mariano Beristain y Souza, acérrimo partidario de la causa de España y autor de una copiosa Biblioteca hispano-mexicana. Don Vicente se alistó entre los patriotas de Texcoco, donde se hallaba accidentalmente, y cuando los insurgentes atacaron esa población, se distinguió en la defensa de ella, manejando una culebrina; por este hecho fué muy elogiado y premiado por el Virrey. Raspando un poco á cada criollo se encontraba en él un insurgente, como años después lo acreditó la experiencia y como sucedió entonces con Beristain; convencido de que no podría retardarse por mucho tiempo la Independencia, resolvió adherirse desde luego á ella, y al efecto se unió á la primera partida de insurgentes que se le presentó, y que fué la de un cabecilla de apellido Serrano, (Abril de 1812).

Inmediatamente se propuso atacar á Pachuca, ciudad rica y cuyas minas estaban en bonanza: el 23 de ese mismo mes de Abril se presentaron Serrano, Beristain, Don Pedro Espinosa y otros jefes que reunían quinientos hombres y dos cañones, de los que se encargó Beristain. É intimaron rendición á la plaza. Mandaban en ella el Conde de Casa Alta, caballero que había sido de Iturrigaray, y Madera, pero tenían pocos hombres, por lo que limitaron la defensa á tres casas, que no podían resistir mucho tiempo; los religiosos del Colegio Apostólico propusieron una capitulación, con la que fácilmente estuvieron conformes los europeos, dada la desesperada situación en que se encontraban, y quedó pactado que las personas y propiedades particulares serían respetadas. Ocuparon pues, toda la po-

blación los insurgentes, el día 24, cuando se supo que el realista Fernández venía en auxilio de la plaza; enviósele á Madera para hacerlo retirar, pero entretanto los independientes lo atacaron, lo hicieron retroceder, y dando por rota la capitulación, aprehendieron á los españoles y los enviaron á Sultepec.

La tropa que de México salió en socorro de Pachuca el día 25, retrocedió al saber la ocupación, y las tropas de Serrano y Beristain pudieron repartirse el botín conquistado, consistente en doscientas cincuenta barras de plata pertenecientes á la real hacienda; cincuenta tejos de oro, 600 fusiles, muchas municiones, etc.; parte de las barras se enviaron á Rayón y á Morelos, otras tomó Serrano y algunas las llevó Osorno á Zacatlán, donde Beristain, que era un minero experimentado, las convirtió en moneda, tarea en la que lo ayudó Don Pedro Lachausseé, inteligente ingeniero y minero que años antes había sido traído de Bélgica para hacer unas instalaciones en los minerales de aquel rumbo; el mismo ingeniero, que era uno de terceros abuelos (tatarabuelo) maternos del que esto escribe, montó en el Real del Monte una fábrica de cañones para los insurgentes, que fué destruida poco después.

Pachuca y la comarca fué recobrada por el realista Claverino, y entre tanto, Beristain, unido á otros jefes y llevando un buen tren de artillería, que era su especialidad, amenazaba á Tulancingo, del que se hubiera apoderado si no es oportunamente socorrido, derrotó en Zacatlán á Samaniego y se estableció allí como segundo de Osorno y con el objeto de curarse la herida que en una pierna había recibido en el ataque de Tulancingo. En Zacatlán estableció Beristain una gran maestranza, casa de moneda, fábrica de armas, etc., en escala mucho mayor que lo que hizo en Zitacuaro, el Gallo y Cópore Don Ramón Rayón, pues tenía más conocimientos que éste: si hubiera podido conseguir que los insurgentes del rumbo fuesen menos afectos á la caballería y no desdeñasen la infantería, habría conseguido formar una buena división

insurgente que muchos disgustos habría dado á los realistas, pero aquellos hombres, acostumbrados á vivir á caballo, miraban hasta con desprecio la infantería.

Zacatlán fué el principal núcleo independiente de la región y los jefes realistas temían atacarlo, pues sabían que estaba bien defendido y era considerado por el Virrey de igual importancia que Tlalpujahua, donde vivían los Rayón, y que Huichápan, donde imperaban los Villagrán. Sin embargo, habiendo emprendido Osorno una expedición desgraciada contra Zacapoaxtla, (27 de Abril de 1813), las autoridades de Puebla decidieron ir á atacarlo á Zacatlán, y al efecto Castro-Terreño salió con una fuerte división que consiguió su objeto sin combatir, no obstante que Beristain era de opinión que podía defenderse el punto, (19 de Mayo). Todo el trabajo de muchos meses se perdió en un día, pues quedaron destruidas las fortificaciones, fábricas y maestranza establecidas en Zacatlán y en el inmediato pueblo de San Miguel y fueron capturados los buenos cañones que habían sido enterrados en el pueblo de Tomatlán. Poco tiempo después volvió Beristain á situarse en el mismo pueblo, pero no habiendo tiempo de reconstruir las fortificaciones tuvo que retirarse á la aproximación de Lorente, el 25 de Agosto.

Por cuestiones de milicia, en las que Osorno era lego, tuvo bastantes disgustos con Beristain; agravados éstos por cuestión de faldas, á las que ambos eran afectos, se hicieron odiosas, terminando como no podía menos de suceder, con que el primero hiciera fusilar al segundo en la hacienda de Atlamajac el 9 de Febrero de 1814. Debe haberle pesado esta resolución, pues se privó de un auxiliar utilísimo; sin embargo, algunos jefes insurgentes no lo juzgaron así, pues según asienta el Dr. Velasco en el manifiesto que publicó al indultarse, Rayón escribió desde Huajuápam el 9 de Marzo á Bustamante lo siguiente: "Por acá se asegura que Osorno ha decapitado al Coronel Beristain; lejos de parecerme mal, aquel jefe ha obrado consecuente á mis ideas; ¡amigo mío! éstos que hablan mu-

cho de matemáticas y ordenanzas y aun han viajado, son estorbos para nuestros pensamientos: hablan francés é inglés, y mañana, si tuvieran partido, lo primero que harían sería sacrificarnos: espero que usted apoye mi modo de pensar." No creemos que Rayón haya escrito esta carta, que demuestra una intransigencia supina, impropia de un letrado y de un hombre de experiencia.

El Coronel Beristain al lado de Morelos habría hecho un gran papel y habría contribuido al logro de muchas empresas, pero en el reducido teatro donde se presentó y en medio de hombres rudos é ignorantes como eran los guerrilleros de los llanos de Apam, tenía que fracasar, como le sucedió.



DON FERNANDO ROSAS

Compañero de Hidalgo y uno de los primeros insurgentes, Fernando Rosa, aunque peleó largo tiempo por la causa de la libertad, murió demasiado joven cuando aún podía prestar bastantes servicios á la Independencia.

Nació en el Mineral de Xichú, en la provincia de Guanajuato, y apenas aprendidas las primeras letras y con la edad suficiente, sentó plaza en el Batallón principal de Guanajuato, donde por su buen carácter, sus aptitudes y la simpatía que sabía inspirar ascendió á sargento, en cuyo grado lo encontró el año de 1810. Fué uno de los sargentos á quienes los de igual clase Domínguez y Navarro comprometieron á tomar parte en la revolución antes de que ésta estallase; fué puesto en prisión por Riaño, pero cumplió su promesa, pues ingresó á las filas insurgentes cuando Hidalgo llegó á Guanajuato; hecho Capitán, fué agregado como ayudante á lo que podríamos llamar Estado Mayor del Generalísimo, y con tal carácter, así como con el de su auxillar para despachar la correspondencia, lo acompañó á Valladolid, las Cruces, Acapulco, Guadalajara, Calderón y el Pabellón.

En Baján logró escaparse de caer prisionero gracias á que caminaba con el ejército, y acudió á ponerse á las órdenes de Rayón, que lo tuvo á su lado hasta la acción del Maguey, donde en realidad se dispersaron los primeros insurgentes. Pasó entonces á unirse con Albino Garza y sería ta-

rea fastidiosa referir uno por uno los lances en que se encontró al lado de este famoso guerrillero; baste decir que estuvo en la toma de Guanajuato, en el tercer ataque de Valladolid, en la captura del segundo convoy y en Ojuelos, Irapuato, Lagos, Aguascalientes, San Felipe, etc.; su buena suerte lo hizo escapar cuando Albino cayó en poder de Iturbide, y entonces se unió á Tomás Baltierra, Salmerón, con el que siguió haciendo la campaña en Guanajuato.

Cuando Licéaga fué nombrado en 1814 Comandante de Guanajuato y el Dr. Cos fué su segundo, tuvo Rosas ocasión de dar á conocer sus aptitudes militares y organizó la infantería insurgente de la provincia, instruyéndola y disciplinándola; al mismo tiempo se dió á conocer como hombre de orden y recibió de Cos el encargo de encausar á su antiguo compañero Baltierra, que se había hecho terrible y odioso y que tenía aterrorizada la comarca con sus atrocidades é inauditas maldades. Combatió en Puerto de Nieto, Xichú, Salitre, etc., y prestó varias veces ayuda al Dr. Magos, que expedicionaba por Sierras Gorda, de Querétaro, é Ixmiquilpan. Por orden de la Junta, ó de Licéaga, persiguió á los insurgentes Garcillita y padre Torres hasta obligar al segundo á salir de su jurisdicción, de la cual Cos se había propuesto extirpar el vandalismo. Reglamentó la percepción de contribuciones para la guerra, estableciendo en los pueblos Tesorerías recaudadoras y obligando á los mayordomos de las haciendas á que las liquidasen, bajo la condición, que se cumplía, de que los propietarios y sus familias tendrían toda clase de garantías fuera de las poblaciones. En su causa declaró hasta los nombres de los recaudadores que había nombrado en la jurisdicción de Dolores.

Cuando Cos fué á tomar parte en las deliberaciones del Congreso de Chilpancingo, Rosas lo acompañó como Secretario, y terminado el período de aquél volvieron á Guanajuato, donde el segundo, que ya tenía el grado de Brigadier, quedó como Comandante Militar al separarse el primero; también fué nombrado Comandante de San Luis Po-

tosí, y con tal carácter procuró reunir las partidas sueltas de Encarnación Ortiz, Don Pedro Moreno, Rosales, etc., y disciplinarlas; obtuvo con ellas algunas ventajas que llamaron la atención de los realistas y que obligaron á Iturbide á destacar á Orrantia y á Castañón para perseguirlas. El 24 de Julio de 1815 fueron alcanzadas en Rincón de Ortega, y aunque el bien organizado Batallón de Dolores rechazó tres veces á los realistas y la caballería de Ortiz dió una brillante carga á los realistas, los insurgentes quedaron derrotados, el Batallón casi desapareció y los realistas tuvieron serias pérdidas. Rosas, tres oficiales y veinte soldados, fueron aprehendidos en el Rancho del Redondo, á consecuencia de esta derrota, el 14 de Agosto, y conducidos á San Luis Potosí.

El proceso fué sumarsísimo y lo único de notable que ofrece es que cuando se le amonestó para que dijese cómo, en concepto suyo, se podría pacificar la Colonia, contestó: que la experiencia de cinco años de guerra le había enseñado que ese resultado no se conseguía con las armas, y que tal pregunta no debía hacerse á él, sino á la Junta Nacional, (el Congreso insurgente), pues estaba seguro de que esa Corporación, compuesta de hombres doctos, sabría contestar la pregunta, dando á entender que sólo tratando con esa Junta sobre el modo de hacer la Independencia se vería pacificada Nueva España. Fué condenado á morir arcabuceado por la espalda como traidor, y la sentencia se ejecutó en la plaza de San Luis Potosí á las diez y media de la mañana del día 22 de Agosto de 1815, cuando acababa de cumplir veintiséis años; con él fueron fusilados sus oficiales Pérez y Zambrano, aprehendidos al mismo tiempo que Fernando Rosas.

Merecía una suerte mejor el joven insurgente.



PBRO. DON JOSE PABLO CALVILLO.

Poco antes de que estallara en Dolores la revolución de la Independencia, se encontraba el padre Calvillo desempeñando la Vicaría en el pueblo de Colotlán, y se dice que también fué Cura de Huajúcar, hoy villa de Calvillo, en el Estado de Aguascalientes. Había sido también Capellán en San Juan del Teul, á principios del siglo XIX.

En una reseña histórica relativa á Colotlán, inserta en la "Biblioteca Histórica Jalisciense," que se publica actualmente en Guadalajara, se asegura que el padre Calvillo llevaba íntima amistad con los jefes de las Compañías fronterizas que guarnecían á dicho pueblo de Colotlán; con Don Marcos Escobedo y con otros indígenas de los más notables en aquel lugar; además, se refiere que á fines de Septiembre de 1810 apareció allí el padre Don Pablo Calvillo, quien había hecho un baile en su casa, con el fin de reunir á muchos indígenas para sublevarlos contra la tropa realista, cuyo jefe era el Gobernador Don Gregorio Pérez. Que el padre Calvillo, capitaneando á una multitud de pueblo, cuyas armas eran flechas, hondas, garrotes y machetes, se había dirigido á las Casas Reales, donde se encontraban alojados treinta españoles que fueron aprehendidos allí, sin que la guardia opusiera ninguna resistencia, pues ya estaba seducida por el padre Calvillo, y que otro día en la mañana, estando formadas las Compañías en la plaza, salió el Gobernador Pérez al balcón, ordenándoles

que hicieran fuego sobre los indios, pero que la tropa le había contestado que "no era ya de su partido" y que los jefes mandaron que dicha tropa se dispersara.

Este suceso no ocurrió á fines de Septiembre de 1810, como se dice en la reseña indicada, sino á mediados de Mayo de 1811, según consta de oficios dirigidos desde Jerez al Intendente Medina, de Zacatecas, pues á principios de Octubre de 1810 el mismo Medina se hallaba en dicha ciudad con cuatro Compañías de Colotlán, a donde fué llamado para auxiliar al Intendente Don Francisco Rendón, según lo asegura este mismo en el informe que después rindió al Virrey, con motivo de la sublevación en Zacatecas.

Como quiera que sea, lo cierto es que el padre Calvillo fué uno de los primeros, más entusiastas y decididos partidarios de la causa de la Independencia, y ya sea de una manera espontánea ó autorizado por el jefe insurgente Don Rafael de Iriarte, tomó participación activa en los primeros sucesos de la insurrección, pues en la causa que se instruyó en Sombrerete á José María Zaldívar, soldado de la Compañía de Chalhuites, perteneciente á las de Colotlán, consta que el 31 de Octubre de 1810 apareció en dicho lugar el Cura Don José Pablo Calvillo, quien ese mismo día en la noche tuvo una conferencia con el Coronel Don Martín de Medina, Gobernador y jefe militar de aquella frontera, de lo que resultó que éste mandara luego tocar generala, con el fin de que las Compañías de su mando se reunieran en la plaza, las cuales, sin oponer objeción alguna quedaron á las órdenes del padre Calvillo, quien para probar que el Gobernador Medina quedaba despojado del mando, les mostró el bastón que él le había cedido.

Las Compañías mencionadas quedaron sin oficiales, pues éstos no se unieron al movimiento, y, por lo mismo, los cabos y sargentos fueron los que tomaron el mando inmediato de ellas. Tres días después de este suceso, el padre Calvillo había salido de Colotlán para Huajúcar, llevando ocho Compañías. En este mismo lugar se le agre-

gó la de Valparaíso, y de allí se dirigió por Jerez á Zacatecas, donde en esos días se encontraba Don Rafael Iriarte, bajo cuyas órdenes se puso en aquella ciudad. Hasta aquí lo que consta en la causa instruida á Zaldívar el mes de Junio de 1811. Veamos ahora lo que pasó después.

El mencionado Iriarte, al saber que en San Luis Potosí se había operado un movimiento insurgente por los legos juaninos Fray Luis Herrera, Fray Juan Villeras, Don Joaquín Sevilla y Olmedo y Don Francisco Lanzagorta, se dirigió á aquella ciudad, acompañándolo en esa expedición el padre Calvillo, con su tropa, compuesta en su mayor parte de indios mal armados y sin disciplina. Iriarte los hizo que practicasen allí algo como una gran parada, en la que haciendo uso de sus flechas hicieron varias evoluciones á su usanza. Esto pasaba á fines de Noviembre de 1810.

En seguida se dirigió Iriarte á San Felipe, con el objeto de ir á auxiliar á Don Ignacio Allende, que se hallaba bastante comprometido en Guanajuato, pero de San Felipe tomó el rumbo de Aguascalientes. En cuanto al padre Calvillo, no se sabe a punto fijo dónde se separó de Iriarte, y solamente puede asegurarse que no descansaba en seguir fomentando la revolución, reuniendo numerosa tropa y sublevando varios pueblos del Sur de Zacatecas y de los límites con Jalisco, de modo que cuando Don Miguel Hidalgo se hallaba en Guadaluajara, el padre Calvillo, según refieren algunos historiadores, le "evó en auxilio un ejército de siete mil indios flecheros, que tomaron parte en la desgraciada batalla del Puente de Calderón; según la crónica, ni uno de ellos pereció en la acción, gracias á que los cubrió el humo del parque que volaron los realistas.

Después que Hidalgo y Allende emprendieron su retirada rumbo al Norte, el padre Calvillo, sin desalentarse con los serios desastres que había sufrido la causa insurgente, siguió defendiéndola y llamando fuertemente la atención del Intendente de Zacatecas y de los Generales Don Félix Calleja y Don José de la Cruz, quienes ordena-

ron se emprendiera una formal y tenaz persecución contra el activo y esforzado sacerdote, á quien ayudaban eficazmente, su hermano Sotero, el belicoso indígena Albino Torres y otros guerrilleros atrevidos.

El padre Calvillo tenía en continua alarma á los realistas de Zacatecas y de Aguascalientes, y á este último lugar entró de incógnito en los primeros días de Marzo de 1811, ocupándose secretamente en conquistar algunos partidarios. Supo esto el Subdelegado de aquella Villa, Don Felipe Terán, pero era tal el temor que tenía al padre Calvillo, que no se atrevió á mandar aprehenderlo ó perseguirlo.

Dióse orden entonces al Cura de Santa Cruz, Don José Francisco Álvarez, que se hallaba en Zacatecas, y que después fué bautizado con el apodo de "Cura Chicharronero," para que con una Sección de Provincias Internas saliera á castigar á los indios insurgentes de Colotlán y del Nayarit. El Cura Alvarez emprendió la marcha, y el 27 de Marzo sostuvo un rudo combate con los indios del padre Calvillo, cerca de Colotlán, y aunque armados de flechas, hondas, lanzas y cuchillos, lograron derrotarlo, obligándolo á retroceder hasta Jerez. En ese encuentro resultaron heridos el padre Alvarez y su Capellán, Don Francisco Inguanzo.

El triunfo obtenido por los indios de Colotlán envalentonó tanto á los sublevados de aquel rumbo, que después de la derrota del Cura Alvarez en pocos días contaban ya con un Cuerpo de cerca de ocho mil combatientes, reunidos por el padre Calvillo, á los cuales salió á atacar el Brigadier Don Pedro Celestino Negrete con una fuerza respetable, habiendo logrado derrotarlos en Colotlán el 7 de Abril, haciéndoles centenares de muertos y capturándoles tres cañones de palo, muchas lanzas, flechas, machetes y algunas escopetas.

Antes de este combate haba entrado el padre Calvillo á Juchipila, de cuya cárcel echó fuera á los presos, y el 17 de Marzo pasó á Nochistlán, donde fueron capturados un tal Barajas y otros de los que habian aprehendido y entregado al guerrillero in-

surgente Don Daniel Camarena, á los cuales se dió muerte allí.

En Mayo de 1811 se encontraba fungiendo como Gobernador interino de Colotlán el Coronel Don Gregorio Pérez, á quien se le sublevó su tropa, instigada, según se dice, por el padre Calvillo. En esa sublevación resultó muerto el mencionado Gobernador.

El padre Calvillo no solamente recorría las poblaciones del Sur de Zacatecas, sino también otras situadas en el territorio de Aguascalientes. Esta población se hallaba guarnecida por 400 hombres que tenían el Subdelegado Terán y el Cura Alvarez, á quienes atacaron allí las fuerzas combinadas del padre Calvillo, el Cura García Ramos, Abad, Miramontes, Hermosillo, Oropeza y otros que se habían reunido en Teocaltiche. Alvarez y Terán no pudieron resistir el empuje de los insurgentes y al fin viéronse obligados á huir hacia Zacatecas, abandonando algunos cañones, armas y pertrechos, (Agosto 12).

Parece que este fué el último encuentro de armas en que tomó parte el Cura Calvillo, quien estuvo algún tiempo después en Huajuácar, desde donde se ocupaba de dirigir las excursiones guerreras de los cabezillas Miramontes, Hermosillo, Oropeza, Saldaña y otros, que no cesaban de hostilizar á los realistas en la provincia de Zacatecas y parte de la de Jalisco.

Después de lo antes referido, no vuelve á figura más el padre Calvillo en el campo de la revolución, y se ignora cuál sería el fin de tan decidido é incansable sacerdote, que tan importantes servicios prestó á la causa de la Independencia, contribuyendo de una manera eficaz á mantener vivo el fuego de la insurrección en aquella parte del país, sin que le arredrasen contratiempos, dificultades, persecuciones y desastres. El Congreso del Estado de Aguascalientes, par honrar su memoria, dió el nombre de Calvillo á la Villa de Huejuácar, de donde fué Párroco y en la que probablemente nació.